

Por desgracia aún no podemos restituírnos a nuestro primitivo asilo, porque todavía permanecen grupos armados en los montes del Rosario que cometen depredaciones con los indefensos moradores de campaña. Es de suponer que en breve desaparezcan, y que restablecida la tranquilidad, volvamos allí a esperar el final desenlace de la grande cuestión nacional que nos ocupa. La falta de recursos nos obliga a ello. Desde él continuaremos nuestras plegarias por el éxito de la justicia; y cuando la hayamos alcanzado, nos dispondremos a regresar al suelo patrio, después de haber saboreado tantas calamidades, y una ausencia más prolongada que la que emplearon los griegos en reducir la soberbia Ilíón; que llegue cuanto antes tan afortunado día para que pueda mi esposa abrazar a su anciana madre, ella que durante cinco años no ha oído sonar el esquilón de la parroquia sometida a todo género de privaciones en nuestro retirado albergue. Por lo que a mí toca, quiero desde él observar el nuevo orden de cosas, y las garantías que ofrezca la administración reparadora, para ir a depositar mis restos en la tierra querida, bien convencido de que mi rol político ha concluido definitivamente, como el de los demás hombres de 1810, que deben apartarse de la escena para hacer lugar a la nueva generación contento con el testimonio de una conciencia pura, y de una dedicación virtuosa; esperando alguna remuneración para escapar de la miseria que amenaza a mis ya cansados días, y a mi desventurada familia. Mas si en tal condición, se me exigiese algún servicio compatible con el lugar que me señala la sociedad, yo le prestaré gustoso mis débiles esfuerzos y el fruto de una experiencia adquirida tanto en la prosperidad como en mi prolongado infortunio.

CONCLUSION

He escrito esta *Memoria* entre el continuo bullicio de mis hijos pequeños; así no será extraño que contenga muchas faltas en la redacción, aunque ninguna en la verdad de los hechos a que he procurado ajustarme estrictamente como un depósito de familia, que deseo sea conservado y manifestado por mi esposa (después de mi muerte) a todos mis hijos, encargando a éstos (varones y mujeres) se provean respectivamente de una copia de su puño para transmitirla a su descendencia. En ella encontrarán marcadas las vicisitudes de un hombre que en la grande escena de la revolución del Río de la Plata ha ocupado una serie no interrumpida de cargos militares, políticos y diplomáticos, de que pocos pueden hacer alar-

de, y que por resultado de una vida tan fatigosa, arrastra hoy la pena del ostracismo, cercada de tantas privaciones.

En cuanto a mi conducta privada, los mayores de mis hijos tienen ya la suficiente razón para juzgar de los principios que constituyen mi carácter personal, y el de la respetable madre con que el cielo los ha dotado. ¡Ojalá que ellos alcancen la ventura de un matrimonio tan constantemente feliz! Sin el apoyo moral de esta mujer incomparable que me ha asistido con sus consuelos en los momentos más críticos de la vida, mi constancia habría desfallecido bajo el peso de la injusticia de los hombres. Sin tampoco pretender crearme exento de errores, mi voluntad no ha tenido parte en los que haya cometido durante el curso de aquélla. Como ciudadano, en mis relaciones sociales, he satisfecho los deberes que impone el honor y la cortesía, hasta con las clases más humildes; y en ejercicio de los empleos públicos, he procurado siempre hacer todo el bien posible a mis semejantes, sin excluir a mis enemigos personales. Por recompensa he recibido en ambos casos, los más tristes desengaños; poquísimas son las excepciones que cuento a este respecto. El hombre en la desgracia vale poco para los corazones vulgares y egoístas. Yo he partido en la tierra extranjera el pan de las lágrimas con otros proscriptos más desprovistos de recursos. También he encontrado pechos generosos que han sabido valorar los acontecimientos políticos para no confundir las personas, y respetar el infortunio.

Cierro aquí esta exposición ofreciendo continuarla con las adiciones correspondientes en las épocas posteriores. ¡Ojalá que la primera pueda ser datada en la patria querida, objeto de tantos desvelos! El aspecto halagüeño con que se presentan los negocios para destruir la tiranía que la oprime, así lo promete. ¡Quiera el cielo apresurar ese momento!

Colonia, 31 de enero de 1840.

Ignacio Alvarez.

1a. ADICION

Con el corazón oprimido, voy a continuar todavía en la Colonia los acontecimientos políticos hasta fin de agosto (1840).

La tiranía del país vecino hácese cada día más insoportable. Por todas partes se ven los vestigios de su sangrienta política. Aquí llegan infinitas personas huyendo de los actos arbitrarios de encarce-